

D. JOSÉ FORNARIS.

MI VUELTA Á CUBA.

Al fin te vuelvo á ver, ¡oh Cuba mía!
Y respiro los aires perfumados
Que tu floresta virginal me envía.
Veloz la nave corre,
Y á ver alcanzan ávidos mis ojos
La cumbre, el templo, la distante torre.
Tras gigante atalaya,
El puerto miro ya, y oigo las olas
Con estruendo rompiéndose en la playa.
Prende en el fondo el ancla corva punta,
Y al rápido rodar de la cadena,
Mi corazón palpita estremecido.
Esa barca que viene presurosa,
Conduce á mi familia. El tierno grupo
En la popa bellissimo resalta;
El viento los impele, y presto llegan:
Éste me besa, aquél me abraza..... alegre,
Un mísero africano
Me tiende ansioso la callosa mano,
Y mi Tula gentil, fruto primero
De un amor acendrado, tiembla y gime;
Convulsiva solloza,
Y al corazón extática me oprime.
¡Oh Cuba! Vuelvo á ti sumido en llanto,
Y como tú infeliz. Soñé contigo

Al ir de pueblo en pueblo, moribundo,
Por los senderos ásperos del mundo,
Sin dulce hogar ni cariñoso amigo.
Con su garra el pesar marcó mi frente,
Mas nunca te olvidé. Soy el poeta
Que inspirado canté, con tierna lira,
De tu raza aborígena la historia,
El dulce amor de tus beldades castas,
Y al fuerte campesino que domeña,
Entre las zarzas y la inculca breña,
Al bravo toro de tremendas astas.
El que admiré de humilde ribereña
El sencillo cendal, la simple toca,
El palpitar del pudoroso seno,
La blanda risa de la virgen boca.
El que he pintado al indomable potro
De crin copiosa y casco reluciente;
Al fiero can que el cazador azuza,
Y al jabalí, que con rencor aguza
El doble filo de acerado diente.
Todo lo reconozco: desde el monte
Que á las nubes magnífico se encumbra,
Coronado de cedros, al arroyo
Que, susurrando armónico, se pierde
En el confín de la alameda verde.
En el misterio de tus noches tristes,
Aun mi espíritu flota; aquí suspira
En estas aguas, con la tibia luna,
Que pálida argentea,
Ó va con el relámpago de fuego
Que en medio del espacio centellea.
Van aquí mis recuerdos adorados
Prendidos de la flor de las naranjas
Ó en el limón silvestre y oloroso,
Que tiñe el sol con amarillas franjas.
Siento sombras amigas
Que pasan silenciosas por las selvas,
Moviendo lentamente las espigas,
Y más allá contemplo,

Bajo la arcada del hermoso templo,
Á mi esposa temblando de alegría,
Cual de su boda en el dichoso día.
Mas cámbiase la escena,
Y oigo elevarse cantos funerales,
Y convertirse en lúgubres blandones
Las antorchas nupciales.
Aquí se acerca el coro de poetas
Amigos de mi infancia. Ése á Polonia
Entona un himno con ardiente saña;
Éste llora á Fidelia al dulce rayo
De triste luna que su losa baña;
Aquél corona á Marta; en la colina,
En la playa, en el mar, en el otero,
Vive y palpita mi pasado entero.
El ave sola que un gemido exhala,
Tiernísima memoria en mí despierta
Al sacudir el ala;
El céfiro que cruza en vagos giros
Me dice, en grato idioma, que otras veces
Recogió susurrando mis suspiros.
Al rumor de los sauces que se agitan
Por saludarme al retornar á Cuba,
Mil seres adorados resucitan.
Llega entre ellos mi madre, y cariñosa
Me reconoce y besa con ternura,
Y á pesar de su pálido semblante,
Su débil voz, su marcha vacilante,
Está llena de amor y de hermosura.
Todo está como ayer. Oigo el tañido
De la campana mística, que toca
La cristiana oración. Allí la iglesia
Se eleva con su tosco campanario,
Y escucho el santo rezo
De toda mi familia arrodillada
Ante el altar. Las límpidas corrientes
Oigo del patrio río,
Y la hilera de pinos florecientes
Aun á la entrada está del hogar mío.

De aquel hogar, que entre el fragante ramo
Del mango en flor modesto se escondía,
Y por el sol dorado relucía
Al borde de las aguas del Bayamo.
Aquí corrí por la espaciosa vega,
Festonada de rústica verdura,
Ó tendido en el césped, la mirada
Espacié con placer por la llanura.
Aquí en dulce embeleso
Se abrieron á la par, por vez primera,
Mi espíritu al amor, mi labio al beso.
Aquí vibró la simple melodía
De mi primer idilio,
Bajo bóveda azul y al aire libre,
Como en las ondas del famoso Tibre
El blando son del arpa de Virgilio.

Errante y sin amor me vió la tierra:
El Sena, el Rhin, el Ródano, el Girona,
Del San Gotardo la nevada sierra,
Y el Monte Blanco de la frente blonda.
La cúspide pisé del Apenino,
Donde el águila apresta garra aleve,
Y la virgen montaña de Interlaken
Con su manto limpísimo de nieve.
Vi, entre lagos y flores, extendidos
Los frescos valles de la antigua Helvecia,
Y radiantes basílicas de mármol
En Génova y Milán, Roma y Venecia.
Mas no pude olvidarte, hermosa Cuba:
Siempre mis ojos con amor volvía,
Entre tanta riqueza, al Occidente;
Y así como tras gasa transparente,
Al través de los aires te veía.
Por encima del rico mausoleo
Del minarete moro,
De la torre ojival, del alto muro,
Miraba, ¡oh Cuba! tus campiñas de oro
Sobre el caribe mar. Si tú no ostentas

Góticas catedrales,
Tus montes son mis templos, y tus cumbres
Mis torres de marfil y arcos triunfales.
¡Al fin te vuelvo á ver! Mas ¡qué vacío
Siento en mi corazón! Fueron mis años
Rubias mieses que seca un soplo frío.
¿Dónde aquel delirar libre de penas,
En que ceñir mi sien imaginaba
Con un lauro inmortal, y me soñaba
Horacio en Roma, Píndaro en Atenas?
¿Dónde la grata y misteriosa cita
En oculto jardín, y el tembloroso
Beso robado á la inocente virgen
Que con delirio amé....., y aquellas noches
De loco Carnaval, en que traidora
En vivo afán me sorprendió la aurora,
Al compás fascinante
De la música dulce y tentadora?
¿Dónde están las campestres correrías
Por las tortuosas, florecientes calles
De los cubanos valles?
¿Dónde aquel escalar con pie seguro
Por el vecino, reforzado muro?
¿Dónde aquel recorrer fértiles costas
Que besa el mar azul, y en las arenas,
Calientes todavía,
Buscar, con jubilosa vocería,
La frágil concha de encarnadas venas?.....
¿Y aquel bogar en índicas piraguas,
Entre un coro de vírgenes hermosas
Como nacientes rosas,
Y más frescas y limpias que las aguas?

Todo ha pasado, y mi ánimo sombrío
Ve mis campos desiertos,
Seca y talada mi natal orilla,
Mi hogar en tierra y mis amigos muertos.
¡Oh tierra de mi amor!..... ¡Oh cara Cuba,
Al fin te vuelvo á ver!..... No vengo ansioso,

Soñando conquistar ínclitas palmas,
Sino á verter mi lágrima postrera,
Y á suspirar con las sensibles almas.
¡Vengo á morir al pueblo en que he nacido,
Al calor de mi patria y mi familia,
Entre estas galas y risueñas flores,
Que de perfumes y de luz llenaron
Mis primeros amores,
Que admiré en mi niñez, que canté adulto,
Que enjugaron mis lágrimas, y han sido
Toda mi admiración, todo mi culto!
Como el indio de América salvaje,
Sepulcro quiero yo bajo el follaje
De ceiba secular, donde retumba
El Bayamo, y copioso se derrama;
Do el sol con viva llama
Calentará mis restos en la tumba.

ISLA DE SANTO DOMINGO.